Como quien confiesa sus pecados siente más liviana la conciencia, después de aquello sentí que un hilo de plata me acercaba más a Dios. Ya no sentí más la presencia de don Mario. Había al fin cumplido su misión llevando de la mano a uno de sus alumnos hasta el sitio mismo en que la lírica y la mística se habían fundido en aleación perfecta, dentro del corazón del más puro de los grandes de aquel Siglo.

¡NUESTROS MUERTOS DE RIVAS!

Vesalio Guzmán

La proclama del procer llamó a las armas, que en hombros de humildes soldados llegaron a los campos de Nicaragua. Los polvorientos caminos del Guanacaste, la sed y toda clase de privaciones en un ejército improvisado no detuvieron a nuestros soldados. Un ideal los empujaba, una misión sagrada los atraía. Los carrales de Santa Rosa los probaron en su primera victoria. Adelante y allí cerca se encontraban el Lago, Rivas y San Juan del Sur. Trabaron la lucha. No era un enemigo fácil. Compuesto de mercenarios curtidos muchos de ellos en guerras famosas al mando de grandes generales en Europa o en otras guerras filibusteras pocos años antes, el ejército de Walker tenía además otra ventaja: ¡Tenía la plaza! Aunque la lucha contra Walker cobró luego dimensión centroamericana, esta ayuda nunca fue efectiva. Los intereses políticos de Honduras, Guatemala y El Salvador llamaron a sus tropas en ocasiones críticas. La guerra de Nicaragua tampoco fue la guerra de los nicaragüenses que solos a más de divididos, no pudieron liberarse del invasor que ellos llamaron, pecado original que nunca han podido lavar con el bautizo de sangre. Walker destruyó a Granada, la quemó y escribió aquella sentencia a la manera de Escipión: ¡Aquí fue Granada!. Pero la guerra continuó porque los costarricenses, con el cólera o sin él, tomaron en sus manos la bandera en los campos de batalla. Bien lo dice el historiador nicaragüense Alejandro Hurtado Chamorro en su libro, "William Walker: Ideales y Propósitos": "...Costa Rica fue la única República del istmo que le hizo la guerra al filibustero, sola y sin aliados".

En la primera batalla de Rivas, el 11 de abril de 1856, cayó un soldadito de Alajuela, mulatito y con cañes. Con él cayeron generales, oficiales y rasos de un ejército que nunca dio cuartel al enemigo y que se cubrió de gloria. Enterrados en fosas comunes, tanto por los nuestros como por el enemigo, al descomponerse mezclaron sus cuerpos, su materia, con la fértil tierra nica. Desde entonces hemos cantado la epopeya nuestra. Los cantos en las escuelas y en los desfiles patrióticos de niños y de adultos, son nuestros cantares de gesta a esos caídos en Nicaragua cuando la fuimos a liberar. No son menos que la canción de Rolando o el Poema de Mio Cid. Para nosotros, son igualmente la confirmación de una nacionalidad de una definición de libertad, de un camino hacia la historia.

Benditos los restos que nos han enviado, que con

amor los recibimos y les damos sepultura en el suelo patrio. Junto con los de centenares que aún quedan sepultados en Rivas, en San Juan del Sur, en los puertos del Lago y en la vega del San Juan, ellos son el monumento al recuerdo de un ejército que ganó esa plaza al invasor y luego devolvió a sus legítimos dueños. Alguien dijo que en Rivas se ganó nuestra Batalla de Maratón. Sí, es cierto para nosotros y también para toda Centro América. Pienso, sin embargo, que el hecho material de la devolución de los restos de algunos de nuestros valientes soldados, no disminuye el significado espiritual de todos nuestros caídos en la Campaña Nacional, como no podrían los israelíes devolver a los cristianos los restos de Jesús. No quedan porque además resucitó de entre los muertos, constituyendo desde ese momento el espíritu y la significación del Cristianismo. La Resurrección es el hecho glorioso de nuestra fe como es el Once de Abril, el epílogo de aquel hecho glorioso de nuestra historia patria. ¡Aquellos que no pueden regresar porque sus cuerpos no se sabe dónde están o porque ya no existe su materia, viven en el espíritu libre de cada costarricense y serán los eternos centinelas de nuestra Jerusalén espiritual!

EL ARTE MEDICO

Vesalio Guzmán

Podemos trazar nuestra historia de la medicina desde antes del descubrimiento pero hay hechos que vale la pena narrar, pues son ejemplo de épocas y muy semejantes en todos los países. El siguiente describe al médico de esa época en su primera y más importante dimensión: como hombre. Narremos el primer ejemplo.

Se contaba en Cartago que don Andrés Sáenz Llorente, médico de gran prestigio, fue llamado a ver a un niño enfermo en casa de unos parientes cercanos. Después de examinarlo diagnosticó meningitis y se dedicó día y noche a atenderlo, empleando en el tratamiento todos sus conocimientos médicos y sofíctos cuidados. Cuando murió el niño, don Andrés no resistió. Hecho de ese "genio" de los Sáenz de Cartago, tomó una decisión radical. Se fue a la caballeriza de su casa, se colocó la cabezada de su caballo con todo y freno y salió por las principales calles Cartago diciendo: "¡Soy un caballo, yo lo maté! ¡Aquí va un caballo que no pudo curar a un niño!" Así expresó don Andrés, con su hidalga franqueza, la profunda sensación de frustración que experimentamos los médicos cuando la muerte nos arrebató un paciente por el que hemos hecho todo lo posible. Los enfermos son parte de nuestra vida, pues son la razón de existir que como médicos tenemos. El aceptar un paciente es asumir una responsabilidad. El paciente de don Andrés era todo esto para él, a más de ser su pariente, en el Cartago de hace un siglo y a su modo dio salida a su emoción. Apenas Pasteur estaba en esos momentos enunciando la teoría microbiana de la enfermedad. Pocos años más tarde Fildes pintaba en el lienzo con el nombre de "The Doctor" esa escena que es ya clásica del médico de familia de antaño, quien de día y de noche, con lluvia

o sin ella, pobre o rico su enfermo, se daba por entero a su paciente. Ese cuadro me recuerda a don Andrés Sáenz y a los médicos del pasado y del presente que le han dado sentido hipocrático a su profesión.

Muchos enfermos de meningitis todavía se mueren en la época de los antibióticos, en que conocemos sus causas infecciosas, sus complicaciones y secuelas. No todo se ha resuelto aún, pero se ha hecho tanto. La medicina en los últimos cien años ha avanzado más de lo que evolucionó en tres milenios. ¡Qué grandes eran aquellos médicos que sin conocer la causa de muchas de las enfermedades trataban al paciente con lo poco que sabían y a veces lo curaban! ¡Trataban con arte médico, que es esa parte del amor al prójimo que todo médico debe ejercer, a veces su única satisfacción. Hemos ganado ciencia pero quizás perdido algo de ese arte que le da al médico su dimensión humana?

LA LUNA DEL CUARENTA Y OCHO

Vesalio Guzmán

¡Hoy es la llena: me dijo mi señora cuando nos acercábamos al mar. Aquello me recordó algo que viene a mi memoria como acontecimiento extraordinario, de una época de lucha y de esperanza. La llena, la única "llena" que recuerdo con toda su luz, cual Juno en todo su esplendor. Es el recuerdo de aquella luna llena del Cuarenta y Ocho. Quizás la vi entonces tan grande y con tanta luz, pues estábamos en las tinieblas de la opresión. Pero no, es que aquella luna fue especial. La habíamos escogido llena, pero nos resultó mejor, como si ella se hubiera querido lucir para la ocasión, pero no ocurrió esa noche. Antes decían que la luna de marzo era la mejor de todas; para los enamorados; para los paseos y las melcochas danzantes y para dar el apazote a los chiquillos.

Desde muy temprano esa noche cada uno, por sí solo o en grupitos, comenzó a salir de la Ciudad de Cartago. Todos tenían sus puestos asignados, trabajo difícil de instruir en aquellos días de terror. Unos en Coris; otros en el Tablón y Quebradilla, listos para ayudar en su momento preciso, a quienes llegarían hacia el amanecer. Hacía días que habíamos enviado los mapas de las rutas y los tiempos posibles de marcha por la que el Jefe había designado la "vía cablegráfica". Esta no se tocaba para no dar sospechas. La habíamos designado así como la ruta de la invasión hacía poco tiempo, en la Escuela de Santa María de Dota, cuando se decidió que había que tomar Cartago. En compañía de Alberto Morúa (a quien tanto debe y más aún ha olvidado la Seguridad Social, pues fue por medio de la ley que lleva su nombre que se repartieron las rentas de la lotería, entre todos los hospitales e instituciones de beneficencia, dicho sea de paso) salimos en dos caballitos que nos prestaba Dublois y que montábamos por la tapia sur del cementerio. Por callecitas poco pobladas nos escabullíamos saliendo a La Lima y luego a Coris. En Quebradilla dimos las últimas instrucciones en casa de los Camacho. Ya había salido la luna cuando pasamos por el Tablón y en sus piedras y tajos de

mollejon se reflejaba su luz, alumbrando más el camino. Los perros nos delataban; nunca vimos ni oímos tantos perros juntos. Posiblemente les estábamos estorbando el programa de ladrarle a la luna. Subimos la cuesta para llegar al Alto de la Ventolera, a las puertas de Patio de Agua, el sitio designado para el encuentro. Eran las once y media. Detrás de unos matorrales nos metimos con los caballos. Desde aquella altura la luna, ya sobre nosotros, alumbraba intensamente la comarca hasta una gran distancia. Era casi como de día. Veíamos los potreros y fincitas con sus casas de Patio de Agua y Corralillo, los caminos, veredas y el ganado. A ratos oíamos como si marchara una tropa, pero no la veíamos venir. ¿Será, pensábamos, que para no dar el cuerpo vienen entre potreros, o que se han retrasado por algo, ¡Qué espera tan larga! ¡Si alguien ha cantado, qué desastre sería! Eran las doce cuando oímos claramente que alguien venía subiendo la cuesta. Si, era un hombre nada más, su marcha decidida, como quien viene de prisa a alguna misión. Cuando se acercó a prudente distancia le dimos el alto y luego que se detuvo, le pedimos el santo y seña, que nos dió claramente, saliéndole entonces al paso. Era un moceton de mediana estatura, campesino de por aquellos lados que conocía su tierra, de cabello rubio y crespo; ¿Preguntó por mí, a lo que respondí, preguntándole a la vez, ¿Por dónde vienen? ¡No vienen, don Pepe me ha mandado a decirle que no fue posible organizar la cosa, pues no nos atacaron por San Isidro y tuvo que mandar la gente a pelear allá. Dijo adiós y se despidió, bajando la cuesta al trote, como quien tiene mucho que hacer. Le seguimos con la vista largo rato, bajo la intensa luz de la luna llena, hasta que se perdió en una vuelta del camino. No olvido aquella luna llena de marzo de mil novecientos cuarenta y ocho, hoy hace treinta y cinco años. La luna de esta noche no tiene el brillo de aquella; no se ven los campos como si fuera de día, quizás, pienso yo, porque ha enviado parte de su luz a brillar en otras partes en que desean salir de las tinieblas, como nosotros en aquellos aciagos días y noches en que peleábamos por una nueva patria en que se respeten los designios del pueblo y que por fin llegó.

EL CANADA DIVIDIDO Y EN CRISIS

Vesalio Guzmán

Hace apenas un año cuando visité el Canadá para celebrar un año más de nuestra graduación profesional (¡Encontré a todos mis compañeros muy viejos...!), se preparaba el referendun o plebiscito con que el gobierno provincial de Québec quería definir su status político futuro de "autonomía en asociación". Qué cambio vi para entonces en una sociedad que había conocido de joven: retraída, dominada por la iglesia y por un muy justo deseo de conservar su identidad racial, lingüística, histórica y económica. A partir de los años 60 había comenzado un movimiento de liberación interna de las ataduras del pasado para avanzar al porvenir. El ciudadano de Québec deseaba conservar su identidad racial, su fe y su idioma